

A propósito de los centros históricos /

Luis Ortiz Macedo

Doctor en Arquitectura, profesor de la Facultad de Arquitectura y Miembro de la Junta de Gobierno, UNAM

Vista aérea de París con el Centro Georges Pompidou en primer plano.



El autor sostiene que la expansión urbana no tiene por qué generar el deterioro o la desaparición de los centros o barrios antiguos.

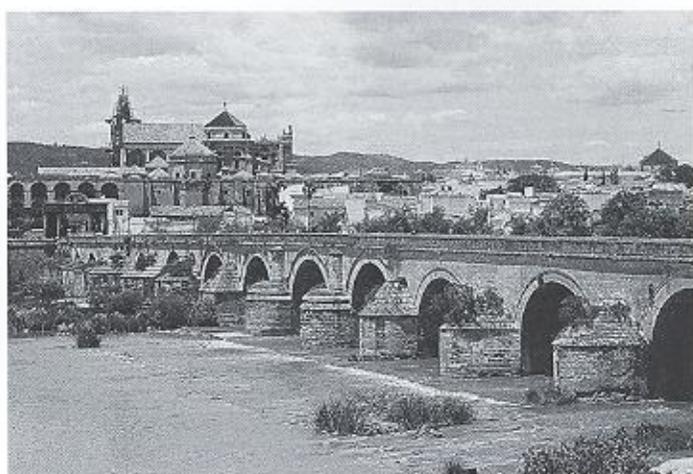
El concepto "Centro Histórico" no parece presentar dificultades para nadie, y los lugares que esa definición precisa, poniendo de relieve su antigüedad y su pintoresquismo, son en general los mejor protegidos. En cambio, otras muchas ciudades de idéntico valor, pero cuya calidad arquitectónica es más difícil de percibir, no reciben los cuidados que merecen; por otro lado, urbes en plena expansión, más notorias por su dinamismo que por los vestigios de su pasado, descubren hoy el encanto y la belleza de viejos barrios poco estimados.

Del mismo modo, hay edificios a los que se puede calificar de históricos porque en ellos transcurrió la vida de un personaje o porque fueron escenario de sucesos importantes de la historia. Nada obliga a esperar a que un conjunto urbano se muestre capaz de desafiar el paso de los siglos para que pueda considerarse venerable; es esta una de las consecuencias de lo que hoy definimos como "aceleración de la historia".

El problema de los centros históricos se plantea incluso en zonas donde la urbanización es reciente. Hay capitales que a fines del siglo XIX eran simples poblados y hoy enfrentan problemas de crecimiento que parecen imponer una difícil elección entre la modernización y el mantenimiento de un núcleo urbano antiguo.

De cualquier manera, esos conjuntos presentan siempre un carácter común, en la medida en que suele considerárselos inadaptados a la vida contemporánea. En efecto, cuando la vida política, religiosa, militar, cultural o económica que constituía su razón de ser pasa a otras zonas o desaparece con las creencias, las técnicas y las prácticas sociales, pierden algunas de sus funciones iniciales y desempeñan penosamente las que conservan como centros comerciales o turísticos.

El hecho de que la parte potencialmente más dinámica de la población emigre hacia otros barrios hace que el modo mismo de vida, el aspecto externo de esas ciudades, se modifique profundamente. Los palacios, las mansiones, las casas solariegas, convertidos en casas de alquiler —si no es que en vecindades—, comienzan a ser ocupados por una población de escasos ingresos, y lo



Salamanca.

Foto: Juan I. del Cueto

que es peor, de escasa cultura, que no puede cuidarlos ni mantenerlos y contribuyen fatalmente a su deterioro. Simultáneamente, el comercio cambia de carácter; antes respondía a las necesidades de una sociedad próspera, estructurada y diversificada; ahora debe adaptarse a las de grupos más modestos.

No ha habido época en que las ciudades no cambien de aspecto o no experimenten, incluso, transformaciones radicales; no olvidemos que las guerras, los incendios y los terremotos han sido siempre poderosos agentes del urbanismo. Pero tras cada desastre, la reconstrucción no contradecía ostensiblemente la visión, la manera de hacer de los constructores de otras épocas y apenas modificaba el modo de vida de sus habitantes. Lo nuevo, edificado generalmente según los mismos planos y en el mismo espacio, sustituía a lo viejo, y las generaciones sucesivas veían cómo su ciudad crecía o decrecía, se embellecía o se afeaba, se abría o se cerraba, en una palabra, cambiaba lenta e imperceptiblemente durante su vida, cada ciudadano podía considerar que habitaba la misma ciudad.

Hoy, en cambio, la ruptura suele ser radical, y por primera vez las ciudades del mundo se transforman con gran rapidez, al mismo tiempo y siguiendo esquemas similares. Desde luego, la expansión urbana no tiene por qué tener como resultado fatal la desaparición de los centros o barrios antiguos; pero el hecho es que por do-

Las ciudades antiguas se cuentan entre esos recursos insustituibles que ningún país puede malgastar o sacrificar. Como los bienes que por su índole no son reproducibles, su valor habrá de aumentar constantemente.



Lisboa.

Foto: Juan I. del Cueto

quier estamos asistiendo a tal fenómeno. La civilización industrial es la primera que posee a la vez los recursos financieros y los medios técnicos que permiten destruir en masa y reconstruir casi inmediatamente, y según un esquema completamente distinto.

De ahí que la problemática de la ciudad tradicional amenazada parezca generalmente tan confusa; la comprensión de esa amenaza y las contradicciones que entraña son fenómenos peculiares de nuestra época. La vieja ciudad se postula a través de los siglos como una realidad indiscutida, no sujeta a juicios de valor, a sentimientos de adhesión o de rechazo. Pero si se pone en entredicho su existencia, inmediatamente se convierte en ciudad histórica; tesoro para unos, rémora para otros.

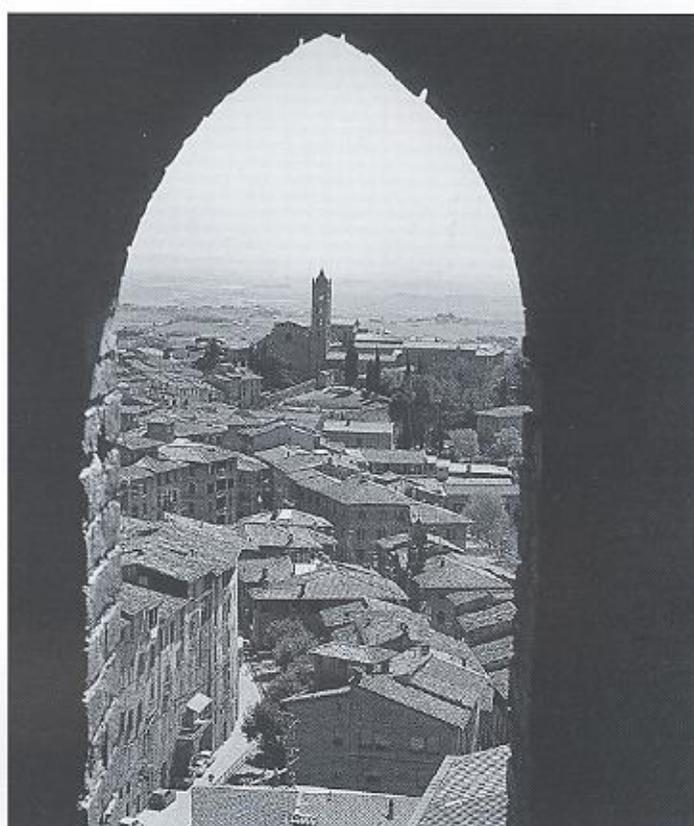
Los urbanistas, los que detentan el poder y los promotores suelen justificar en nombre del "progreso" las grandes operaciones de demolición de centros o barrios históricos. Las exigencias y las ventajas de ese progreso se explican de distintas maneras. Hay ciudades tradicionales condenadas a la desaparición por razones históricas no digeridas por un cierto sector social. A los ojos modernos, lo antiguo aparece como lo viejo, lo sucio, lo sórdido. Semejante actitud, empeñada en ocultar los testimonios más típicos de una arquitectura y un urbanismo, recuerda el desprecio con que durante mucho tiempo se consideró a los vestigios porfirianos—urbanos y arquitectónicos— como algo que había que desaparecer del casco urbano de nuestras ciudades, parecieran avergonzarse de

los vestigios materiales de una cultura nacional que por el contrario urge defender. Las consideraciones de índole social también desempeñan un papel importante. Mal conservada, sobrepoblada, olvidada a menudo por los servicios de mantenimiento y de higiene o por leyes que la hacen irredituable, la vivienda de carácter histórico cae en la categoría de insalubre.

Cierto es que estas preocupaciones van a menudo acompañadas por inquietudes de otra índole. La vivienda o barrio deteriorado puede dar cobijo a una población de trabajadores no calificados, política, móvil, difícilmente controlable, y acogida con hostilidad por los ciudadanos mejor establecidos y más acomodados. La vieja zona urbana se vuelve entonces sospechosa, hay que actuar contra ella, vigilar y reprimir a sus habitantes. Es la otra cara, por lo general oculta, del "saneamiento".

A ello debe añadirse el espectro de la presión demográfica. El crecimiento excesivamente rápido de una serie de grandes ciudades hace indispensable utilizar razonablemente el espacio. En tal sentido, habrá técnicos que no vacilen en sustituir los edificios de dos o tres plantas de un centro histórico por otros más elevados. Con ello pretenden incrementar la densidad de la población urbana, aunque la experiencia ha mostrado la vanidad de semejantes proyectos, ya que las operaciones de renovación urbana en el centro histórico de las ciudades suelen favorecer la construcción de oficinas y comercios; por ejemplo, lo que se pretende hacer con las manzanas al sur de la Alameda Central de la Ciudad de México.

Los cálculos económicos muestran motivaciones más claras. La ciudad o el barrio histórico, con sus habitantes casi insolventes, parece ocupar indebidamente un espacio que resulta así poco o nada rentable. Si se decidiera su conservación —se arguye—, habría que restaurar centenares de edificios, y rehacer kilómetros de redes de servicios urbanos... Pero una operación de ese tipo, aunque produzca un alza de los valores inmobiliarios, será a fin de cuentas deficitaria, por lo que en muchos países la hacienda pública la considera inadmisibles. En cambio, las operaciones de renovación urbana, que en un principio se presentan como medios de rehabilita-



Siena.

Foto: Juan I. del Cuzco

ción parcial pero que en realidad están concebidas para proliferar rápidamente, parecen infinitamente más "rentables", y en varios casos han rendido frutos inesperados.

Por último, la causa más frecuente de demolición radical en los postulados mismos de un urbanismo —hoy muy discutido pero aún poderoso— para el cual los imperativos de la circulación deben prevalecer sobre cualquier otro tipo de consideraciones. En función suya se abren en el núcleo histórico de una ciudad unas cuantas brechas para reducir los embotellamientos; se construyen unas cuantas avenidas para recorrerla en todas direcciones y, a pesar de todo, se estima que lo esencial queda a salvo: los monumentos, un paisaje urbano célebre, un barrio restaurado... Sin embargo, la contextura urbana original experimenta una transformación radical, la ciudad o el barrio queda desorganizado o desfigurado, y en poco tiempo desaparece como entidad urbana. El proce-



México.

Foto: Juan I. del Cuelo

so se ha repetido con demasiada frecuencia en el último medio siglo para que tengamos que describirlo con detalle. Como prueba está el Plan Regulador del Centro de la Ciudad de México aprobado en 1947, la secuela de demoliciones que acarrió y los sucesivos cambios al uso del suelo que han dejado cicatrices imborrables en el casco urbano.

Las autoridades locales y federales que se proponen preservar un barrio, una ciudad o un lugar histórico, han salvado ya la etapa del alegato a favor de los bienes culturales; sin embargo, no es raro que tengan que luchar aún contra este tipo de razonamientos y de prácticas; deben tener presente, en materia de operaciones de renovación urbana, que la justificación de los cálculos no suele apoyarse sino en evaluaciones cuantitativas que en modo alguno tienen en cuenta todos los aspectos del costo social o político de la empresa. La calidad de vida en un centro histórico no puede calibrarse arreglando un balance financiero; nadie puede garantizar que la mejor operación de renovación urbana, a juicio de sus promotores, vaya a ser a la larga provechosa para la colectividad.

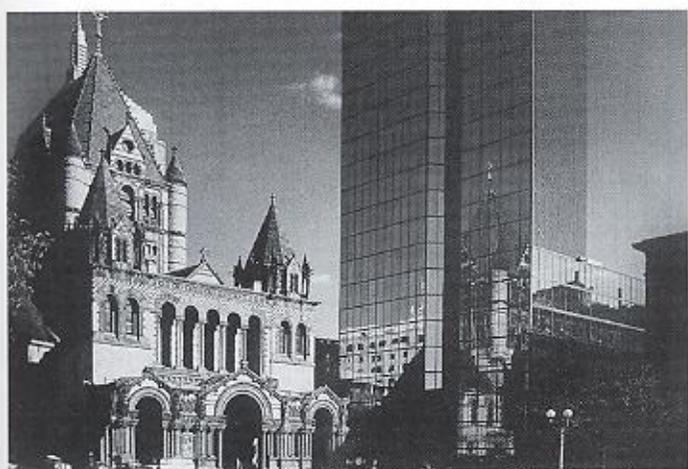
Es más, desde hace algunos años se viene comprobando en países muy industrializados que millones de viviendas antiguas, siempre que se las mantenga y restaure, pueden durar tanto o más que las construidas actualmente; esas viviendas representan un capital con-

Justamente porque en ellas parece desterrado el anonimato y el aislamiento, las viejas ciudades atraen hoy a los hijos y a los nietos de quienes en otro tiempo las abandonaron.

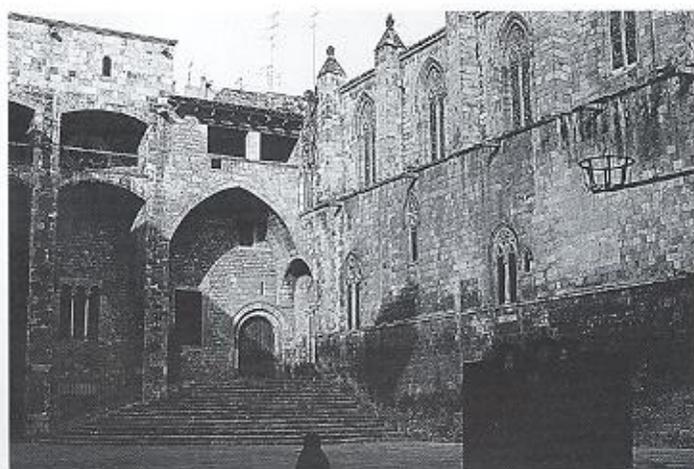
siderable, que se perdería totalmente en caso de demolición. Por consiguiente, una política racional de vivienda debe introducir los problemas de la protección y la conservación de lo antiguo en la gestión global del patrimonio inmobiliario, con mayor razón si se piensa que el mejoramiento de las viviendas antiguas seguirá siendo durante un tiempo razonable el medio esencial para satisfacer las necesidades de alojamiento de los menos dotados económicamente. La reanimación de los barrios históricos es hoy una necesidad de índole no menos económica y social que cultural.

Vivimos en una época en que el mundo se esfuerza por definir de nuevo las perspectivas del progreso oponiéndolas a la fatalidad del crecimiento y en el que la defensa del entorno natural y humano obliga a poner en tela de juicio múltiples formas de explotación destructora. Razón de más para comprender que las ciudades antiguas se cuentan entre esos recursos insustituibles que ningún país puede malgastar o sacrificar. Como los bienes que por su índole no son reproducibles, su valor habrá de aumentar constantemente. En cierto modo, esas ciudades entrañan los más frágiles de entre todos los bienes: el espacio y el tiempo humanos.

Preservarlas en la diversidad misma de su contextura urbanística y de sus funciones supone fomentar y mejorar las relaciones cuyo deterioro suscita la nostalgia de



Boston.



Barcelona.

Foto: Juan I. del Cueto

los habitantes de nuestras modernas ciudades. Esa nostalgia no es de un pasado que no ha de volver sino de un arte de vivir. Sentimiento, legítimo y respetable cuando a cambio no se le ofrece a la "muchedumbre solitaria" que constituimos más que el culto al automóvil, al acero y al hormigón.

Justamente porque en ellas parece desterrado el anonimato y el aislamiento, las viejas ciudades atraen hoy crecientemente a los hijos y a los nietos de quienes en otro tiempo las abandonaron. Y en parte, por las mismas razones, acuden a ellas los menos rutinarios, los más imaginativos. Entre nuestros constructores no faltan arquitectos ni urbanistas para quienes las viejas ciudades que sus predecesores menospreciaban no representan reliquias conmovedoras sino, justamente, modelos en qué inspirarse.

En los jóvenes, la necesidad de conservar esas obras del pasado constituye casi un reflejo vital. En más de una región son ellos los que con mayor asiduidad y atención frecuentan los viejos centros urbanos, aunque sea por asistir a las discotecas y bares de moda, esforzándose, si es menester, por protegerlos. Acaso presienten, cuando sucumbe una vieja ciudad, que no son sólo unas calles, un paisaje urbano, los que se disuelven en la nada. Para la inmensa mayoría de nuestros coterráneos, ajenos a la cultura libresca, la ciudad antigua es el único

testimonio inteligible y tangible de la historia. La desaparición de las ciudades cargadas de historia condenaría a esas generaciones a vivir en la superficie de los acontecimientos, inciertas y solitarias, como un hombre sin recuerdos.

Sin embargo, por reacción contra esa tendencia, asistimos a una explosión renovada de particularidades. Por todas partes, las comunidades étnicas o nacionales, las colectividades rurales o urbanas, o las entidades culturales afirman su originalidad y se esfuerzan por asumir y defender con vigor los elementos distintivos de su identidad. La identidad cultural parece plantearse hoy como uno de los principios notables de la historia; lejos de coincidir con una réplica sobre un acervo inmóvil y cerrado en sí mismo, esa identidad es un factor de síntesis nueva y original perpetuamente recomenzada; de este modo representa, cada vez más, la condición misma del progreso de los individuos, los grupos y las naciones, pues anima y sostiene la voluntad colectiva, suscita la movilización de los recursos interiores para la acción y transforma el cambio necesario en una adaptación creadora.

Si nos atenemos a los pesimistas, la crisis de identidad sería el nuevo mal del siglo; cuando se hundieren los hábitos seculares, cuando desaparecen modos de vida, cuando se evaporan viejas solidaridades, es fácil que se produzca una crisis de identidad. ☉